

Joseph E. STIGLITZ
El malestar en la globalización
Madrid, Taurus, 2002

Vivimos en una época de globalización, que no globalizada, ya que nos encontramos ante una realidad cambiante, en la que los procesos se hacen cada vez más interdependientes y en la que los acontecimientos se suceden a una velocidad tal, que difícilmente podemos llegar a creer que en todo ello exista una meta previamente establecida, un modelo de sociedad futura, con los efectos perjudiciales que esta ausencia genera, a todas luces.

Decimos que vivimos en una época de globalización, y no globalizada, porque nos encontramos ante un proceso inacabado y, en cualquier caso, mutilado, en el sentido de que la única globalización realmente existente hasta el momento es la que concierne al sistema de producción y consumo. Lo que tenemos hasta ahora no es más que una economía globalizada que, promovida por la corriente económica neoliberal, no busca otra cosa que aumentar la productividad y las ventajas competitivas de los mercados. Según el Fondo Monetario Internacional (FMI), “la globalización es la interdependencia económica creciente del conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de la tecnología¹”. Pero la globalización como concepto va más allá de lo meramente económico, ya

que ha de incluir, además, los aspectos políticos, sociales, medioambientales, culturales y humanos que conforman la realidad, evitando con ello todo intento reduccionista que trate de asemejar el todo —la globalización como concepto en abstracto— con la parte —la globalización económica, que es la realmente existente hasta el momento—, confusión que llega aún más lejos cuando las críticas hacia los efectos negativos de “este” modelo de globalización se extrapolan hacia la globalización en general, contribuyendo esto a generar un clima de hostilidad hacia todo lo que incorpore en su haber el término “globalización”.

Según Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001, la globalización no es en sí ni buena ni mala, sino que todo depende del modo en que ésta sea gestionada; en su opinión, los efectos adversos de la misma —aumento de la pobreza, incremento de las desigualdades, exclusión social, paro, contaminación, etc.— pueden ser paliados por medio de la política económica pero, para ello, es necesaria la existencia de una firme voluntad política al respecto, recurso muy escaso en los tiempos que corren. De este modo, Stiglitz es optimista en cuanto a que confía en que el modelo económico imperante —el

¹ ESTEFANÍA, J. (2002). *Hij@, ¿qué es la globalización? La primera revolución del siglo XXI*, Madrid, Aguilar (p.28)

neoliberal— es capaz de acabar con la pobreza y la desigualdad social, siempre y cuando exista un interés político explícito y se den, además, una serie de condiciones que permitan una mayor transparencia y participación ciudadana en los asuntos públicos.

El interés de este libro radica en la gran cantidad de información que su autor aporta sobre las decisiones tomadas en el pasado por las grandes organizaciones económicas internacionales, las cuales han guiado y continúan guiando el proceso de globalización en la actualidad, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, y que han sido, en gran parte, las culpables de tanto malestar que se ha generado en los países más pobres.

Desde un exhaustivo conocimiento sobre el tema, dada su posición como economista jefe y vicepresidente senior del Banco Mundial durante casi tres años, Stiglitz pretende, con este libro, proporcionar información privilegiada sobre cómo ha sido gestionada hasta el momento la globalización, y sobre cuáles han sido los principales errores que han mermado todo el proceso, contribuyendo con ello a generar un gran debate público que permita reconducir la gestión de la misma de manera que aquella, la globalización, deje de ser considerada como algo negativo en abstracto. Y es que, según el autor, quienes vilipendian la globalización olvidan muy a menudo algunas de sus ventajas, tales como el aumento generalizado de la esperanza de vida, la aceleración del crecimiento económico en muchos países gracias a la apertura del comercio internacional,

o el incremento de las posibilidades de acceso a las nuevas tecnologías de la información. No obstante, a los críticos de la globalización tampoco les faltan razones, según él, con las que fundamentar su postura pues, si bien es cierto que aquella ha reportado ciertos beneficios a la Humanidad —en demasiadas ocasiones mucho menores de los que sus defensores reivindican—, también lo es que con la globalización o, mejor dicho, con la forma en la que ésta ha sido gestionada hasta el momento, no se ha conseguido ni reducir la pobreza, ni garantizar la estabilidad política y social de los países en vías de desarrollo. Para Stiglitz, el principal artífice de esta nefasta gestión es el FMI que, fundado tras la Segunda Guerra Mundial con la idea de ayudar a conseguir el pleno empleo y, así, la estabilidad económica de los países que estuvieran atravesando coyunturas desfavorables, no sólo ha incumplido la misión con la que se creó, sino que, a lo largo del tiempo, ha experimentado un viraje ideológico tan profundo que de estar fundado en la creencia en que los mercados funcionan en ocasiones mal, y que por ello es necesario algún tipo de intervención estatal, ha pasado a proclamar con gran fervor ideológico la absoluta supremacía de aquéllos. Y no sólo eso, sino que de confiar en la necesidad de que los países en crisis han de acometer políticas económicas expansivas para salir de las mismas —como subir el gasto público o bajar los impuestos—, la actitud del FMI ha derivado de tal forma que hoy día sólo aporta capital si los países receptores emprenden políticas restrictivas, lo

que contribuye a contraer aún más la economía y a retardar su posible recuperación. Así, y pese a que la intención de Keynes cuando luchó por la creación del FMI fue la de establecer una entidad que financiase déficits con el objetivo de mantener el pleno empleo, lo cierto es que hoy en día dicha institución ha adoptado más bien una postura pre-keynesiana de austeridad fiscal ante las recesiones, colaborando económicamente sólo si el país prestatario se repliega a las condiciones impuestas por dicho organismo, que normalmente comportan la aplicación de políticas económicas restrictivas que aumentan las ya de por sí las nefastas consecuencias de las crisis. Y es que, hasta el momento, la globalización ha sido orientada por los países desarrollados y, más en concreto, por las organizaciones económicas internacionales, siguiendo sus propios intereses. Las políticas económicas han venido siendo aplicadas de forma estándar en todos los países, sin tener en cuenta las peculiaridades de los mismos, como si de recetas al uso se tratara. Esto, como señala Stiglitz, ha generado malestar, un malestar *en* la globalización, causado por la propia globalización, pero que a su vez puede ser resuelto por ella misma y desde su propio seno, siempre y cuando se acabe con la hipocresía de pretender ayudar a los países subdesarrollados a salir de su situación a través de medidas que, si bien no está claro que pongan fin a la pobreza y a la desigualdad social, sí es seguro que contribuyen a los intereses económicos de las primeras potencias. Y es que, para el autor, la causa de muchos de los fallos que se

vienen produciendo en la gestión de la globalización radica en el gran poder que ostenta el FMI, cuyas decisiones, adoptadas de forma totalmente unilateral y en la más estricta opacidad, se convierten en dogmas que han de ser acatados sin ningún tipo de negociación previa, y ello pese a que, como de hecho ocurre en muchas ocasiones, los objetivos marcados por aquél vayan más allá de lo estrictamente económico, pasando en muchas ocasiones al terreno de lo político. Esta forma de injerencia encubierta que practica el FMI sobre la soberanía de los Estados receptores de ayuda internacional es lo que se conoce con el término de condicionalidad, mecanismo a través del cual los préstamos de dicha institución financiera se convierten, en no pocas ocasiones, en verdaderas herramientas políticas. Para Stiglitz, la condicionalidad, al menos en la forma en la que ha venido siendo utilizada por el FMI, no asegura que el dinero se invierta bien, no aumenta la probabilidad de devolución de los créditos, y sí genera, sin embargo, efectos políticos adversos en los países receptores; éstos se resienten cuando se les imponen condiciones, máxime cuando éstas trascienden el ámbito de lo económico e invaden el terreno de lo político. Así, para el autor, la condicionalidad y la falta de transparencia con la que trabaja el FMI son la causa de la mayoría de los errores que se vienen produciendo a la hora de gestionar la globalización. Y es que, según él, de la misma manera que en las democracias occidentales los ciudadanos conciben la transparencia y la exigencia de información sobre lo que hace el Gobierno como un derecho y no como un favor concedido por las autoridades,

en aquellos países en los que se aplican tan rigurosamente las políticas dictadas por estas organizaciones internacionales, también los ciudadanos deberían tener acceso a la información por ellas generada —sobre todo en el caso del FMI, ya que, según Stiglitz, en el Banco Mundial sí se tiene más en cuenta la participación y el consenso—, evitando con ello la situación de marginación que padecen los países receptores de ayuda a la hora de tomar las decisiones que atañen a su propio futuro.

Otro de los temas controvertidos a los que Stiglitz dedica especial atención es el referido a las denominadas políticas del Consenso de Washington o políticas neoliberales (capítulo 3) que, diseñadas para ser aplicadas durante los años ochenta y noventa en períodos de recesión económica, resultaron finalmente un fracaso por aconsejar como medidas básicas para afrontar las crisis, la austeridad fiscal, la privatización y la liberalización, tanto comercial, como de los mercados de capital, y todo ello a un ritmo tan acelerado que, allí donde se aplicaron, generaron efectos totalmente diferentes a los buscados: destrucción de empleo, inestabilidad económica, incremento de los precios y desaparición de las clases medias, que, generalmente, son las promotoras de los cambios sociales, políticos, económicos e institucionales. Así, según el autor, las políticas promulgadas por el Consenso de Washington no han tenido resultados satisfactorios a la hora de gestionar las crisis económicas o de guiar determinadas transiciones desde el comunismo a la economía de mercado, lo que resulta paradójico y,

cuando menos, preocupante, si tenemos en cuenta que la mayoría de los países que han finalizado con éxito dichas transiciones o que han gestionado eficazmente sus respectivas crisis —China y Polonia, sobre todo—, han seguido estrategias radicalmente distintas a las impuestas por dicho Consenso de Washington. No es casual, como explica el autor, que China, la única nación de Asia que consiguió eludir la crisis del Este asiático de 1997, escogiera un rumbo radicalmente opuesto al aconsejado por el FMI, y que el país que sufrió la caída más corta ante esta recesión económica, Malasia, también rechazara explícitamente la estrategia de dicha organización internacional. Además, en cuanto a las transiciones hacia la economía de mercado se refiere, el caso de Rusia es un ejemplo paradigmático de cómo nuevamente las políticas equivocadas impuestas por el FMI —caracterizadas por la celeridad y la falta de adecuación a la realidad sociopolítica del territorio—, sumadas a la pésima gestión interna realizada por los propios dirigentes rusos, abocaron al país al peor de los fracasos: caída en picado del nivel de vida, aumento descomunal de la pobreza y de la desigualdad y gran inestabilidad política y social. Pero lo más paradójico es que, pese a que quienes recomendaron estas políticas alegan que no tenían otra elección, países como Polonia y China, que aplicaron estrategias alternativas a las del Consenso de Washington, lograron una transición menos dolorosa a corto plazo y una estabilidad social y política mayor.

Según Stiglitz, estos gravísimos errores cometidos hasta la fecha por

las organizaciones económicas internacionales, a la hora de gestionar las políticas de la globalización, ponen de manifiesto la urgente necesidad de que se produzca un cambio. En su opinión, la globalización puede ser una fuerza benigna pero para ello son necesarias estrategias de acción alternativas. La aplicación de políticas monetarias y fiscales expansivas, la consideración de la importancia de los plazos a la hora de diseñar e implementar las medidas oportunas y la necesidad de mayor transparencia y participación en dichas organizaciones, son algunas de las propuestas de gestión alternativas que plantea el autor para lograr “una globalización con un rostro más humano” (p. 307).

No obstante, y pese a la gran carga de contenido social que poseen sus propuestas, Stiglitz no deja de apostar por una visión fundamentalmente economicista de la globalización, lo que sitúa su pensamiento en un punto intermedio entre el de aquellos autores más radicales que, rechazando este modelo de globalización, abogan por una “globalización global²”—es decir, que no se circunscriba en exclusiva al ámbito económico—, tales como Amartya Sen, Ignacio Ramonet o Noam Chomsky, y el de aquellos otros que, inspirados en el pensamiento neoliberal de Hayek o Friedman, son partidarios de una visión economicista del mundo, obviando la importancia de lo social en todos los

procesos. Y es que, pese a todo, Stiglitz no deja de creer en la globalización económica como motor de cambio, y lo hace en todo momento desde una postura reformista e institucionalista, es decir, planteando como única vía la reforma de las instituciones y rechazando cualquier postura más radical que suponga el establecimiento de un sistema alternativo al de la propia globalización. El autor no critica las bases del propio sistema capitalista, sino que defiende los beneficios que éste reporta y, como mucho, plantea propuestas alternativas de gestión para su posible mejora. Se trata, pues, de un libro de gran calidad expositiva, que incluye propuestas muy coherentes, pero que, sin embargo, se centra únicamente en la globalización económica, defendiendo que sólo a través de ella, se podrán alcanzar mejoras en los demás aspectos —sociales, culturales, políticos y humanos— de la realidad.

No obstante, se trata de una interesante obra que se presenta ante el lector como un canto a la desilusión, ya que su autor sabe trasladar a la perfección el sentimiento de frustración y de impotencia surgido al comprobar, en primera persona, cómo funcionan los resortes de poder que contribuyen a que la realidad sea ésta y no otra; pero a su vez, es un canto a la esperanza, a la confianza en que otra forma de globalización es posible, una globalización gracias a la cual el lema del Banco Mundial, “*nuestro sueño es un mundo sin pobreza*”, pueda por fin hacerse realidad.

² ESTEFANÍA, J. (2002). *Hij@, ¿qué es la globalización? La primera revolución del siglo XXI*, Madrid, Aguilar (p.52)

GLORIA MARTÍNEZ COUSINOU
IESA (CSIC). Córdoba